

Carlos Arturo Gómez Galeano

Artista plástico

(Recibido: 15-03-2016;

Aceptado: 14-07-2016)

Resumen

En la microsociedad familiar, la convivencia cotidiana regula y transforma los sentimientos de todos sus miembros. Hacer un análisis de la vida y obra de mi tío paterno impone recordar momentos vividos y la subjetividad imbrica los significados de todos los momentos. Siempre digo lo que viví con él, no sólo lo bueno, sino lo malo. Es decir, con él compartimos momentos muy felices, pero también muchos desafortunados y dolorosos. Los últimos en razón de su enfermedad; el sufría de trastorno bipolar. Describir a Raúl Gómez Jattin es un verdadero acontecimiento para quienes lo conocimos, porque nos pone en la tarea de pensar en ese sujeto que sobresalía por encima del hombre común.

Palabras clave

Microsociedad, universo creativo, ermitaño, yuxtaposición, comic, lucidez, locura.

Abstract

In the micro society family, daily coexistence regulates and transforms the feelings of all its members. Making an analysis of the life and work of my paternal uncle requires remembering lived moments and subjectivity imbricates the meanings of all moments. I always say what I lived with him, not only the good, but the bad. That is to say, with him we share very happy moments, but also many unfortunate and painful ones. The last because of their illness; He suffered from bipolar disorder. Describing Raúl Gómez Jattin is a true event for those who knew him, because it puts us in the task of thinking about that subject that stood out above the common man.

Keywords

Microsociety, creative universe, hermit, juxtaposition, comic, lucidity, madness

**Tres artistas,
tres historias,
tres visiones,
tres tiempos**

La primera vez que recuerdo haber visto a mi tío Raúl, yo tenía más o menos cinco años. Fue en una noche que me encontraba enfermo, tenía fiebre muy alta; yo estaba acostado en la cama con mis padres, Rubén Gómez Jattin y Modesta Galeano Hernández. En ese momento me atendía el médico de la familia: el doctor Milanés. La casa estaba llena de personas que no conocía y la fiebre no me permitía tener curiosidad por conocerlos.

Desde el cuarto de mis padres se podía observar a través de la puerta casi la totalidad de la casa. Recuerdo que eran aproximadamente las ocho de la noche, escucho que mi abuela, Lola Jattin, se dirige desde la sala hacia la cocina para preparar una sopa que me permitiera recuperarme, pero ella iba acompañada de un hombre que estaba impregnado de una energía particularmente empática. Pregunté: “¿Quién es él?” Mi madre me contesta: “Es el hermano de tu papá y acaba de venir de Bogotá. Es tu tío Raúl”.

Como pariente próximo, escribir sobre Raúl Gómez Jattin es muy complejo. Hago parte de una familia que, sin quererlo, está asociada a la vida y obra de él. En la microsociedad familiar, la convivencia cotidiana regula y transforma los sentimientos de todos sus miembros. Hacer un análisis de la vida y obra de mi tío paterno impone recordar momentos vividos y la subjetividad imbrica los significados de todos los momentos. Por eso puede parecer ante los otros que no es muy claro lo que yo afirmo como verdad.

Se ha escrito tanto de la vida y obra poética del tío, y como familiares hemos sido llamados a participar en la construcción mítica de esa historia de vida. Siempre digo lo que viví con él, no sólo lo bueno, sino lo malo. Es decir,

con él compartimos momentos muy felices, pero también muchos desafortunados y dolorosos. Los últimos en razón de su enfermedad; él sufría de trastorno bipolar.

Hay momentos que, en vista de tanto enredo que han creado en torno a su vida y enfermedad, quisiera hacer un texto para aclarar las imprecisiones sobre su enfermedad y vida, y las injusticias cometidas contra los familiares y amigos. Pero pienso que esta labor resultaría extensa e infructuosa. La verdad es que ese río de letras, sólo son miradas que desde distintos campos acceden a él. Queriéndolo o no, esas percepciones, equívocas o veraces, ayudan a consolidar el mito del poeta.

Describir a Raúl Gómez Jattin es un verdadero acontecimiento para quienes lo conocimos, porque nos pone en la tarea de pensar en ese sujeto que sobresalía por encima del hombre común. Desde temprana edad deslumbró a todos en la familia de los abuelos por su inteligencia y fuerza descomunal. Para algunos de sus contemporáneos no habría casi nada en él que no fuese desbordado, incluidos sus silencios.

Si algo caracterizaba al tío era su sonrisa amplia. Reía a carcajadas, podía escuchársele a muchos metros a la redonda. Su figura

era llamativa, muy corpulento; con un metro ochenta y cinco era difícil ignorarlo. Su fisonomía se acercaba más a la del hombre promedio del Medio Oriente, esto se debía a la ascendencia sirio-libanesa de su madre. Sus maneras y sus ademanes eran comedidos debido a la educación rigurosa que le había inculcado su padre, Joaquín Pablo Gómez Reynero, abogado y juez de la República.

Raúl, en varias ocasiones, me comentaba que su padre lo descubrió bajo la cama leyendo *Las mil y una noches*. Esperaba ser reprimido, quizá por el contenido erótico de la lectura, pero sucedió lo contrario, fue felicitado. Su inicial amor por la literatura trajo sus frutos. Joaquín Pablo, su viejo, según su poema, lo orientó en las lecturas de los clásicos de la literatura universal y en la de los autores locales, le mostró a Luis Carlos López (por quien profesó admiración toda su vida). Raúl también admiraba profundamente al poeta nicaragüense Rubén Darío, del cual sabía de memoria muchos poemas que recitaba a su padre en las noches antes de dormir.

Sus contemporáneos en Cereté comentan que, en su juventud, era el joven más elegante y el mejor vestido de su generación. En las relaciones sociales se destacaba por ser una

persona amigable; siempre estaba rodeado de amigos, era un líder innato, casi siempre era el centro de la reunión. Poseía una energía que parecía inagotable; le gustaba el cine, la buena comida criolla, fumaba cigarrillos a la usanza de la época, tomaba aguardiente y vino, pero nunca se le vio ebrio.

La biblioteca de la casa se transformó en su laboratorio. Se convirtió en un lector voraz y desde muy joven tuvo una gran cultura general. Para estudiar su profesión fue influenciado por mi abuelo Joaquín Pablo, quien lo perfilaba como un abogado prestigioso o como magistrado de la Corte Suprema de Justicia de Colombia, por eso lo mandó a estudiar abogacía en la Universidad Externado de Colombia en Bogotá. Terminó materias, pero nunca se graduó. En la universidad descubrió el teatro y a Carlos José Reyes, y esto le abrió las puertas a un universo creativo nunca antes pensado por él.

Con el grupo de teatro de la Universidad Externado incursioné como actor y director. Como actor resulta una revelación. Como director se aleja del teatro político de izquierda, de moda en los años setenta, y se orienta en contravía hacia el teatro clásico. Basado en la tragedia griega realiza montajes donde fusiona

lo clásico con el arte popular contemporáneo, pues incluye arreglos musicales de bandas y porros del bajo Sinú.

Periódicamente regresaba de vacaciones. Llegaba a la casa paterna, en Cereté, acompañado de muchos amigos, compañeros de universidad, y del grupo de teatro. Fue en una de esas ocasiones que conocí a Tania Mendoza Robledo, con quien se presume tuvo una relación sentimental. La imagen de Tania me era familiar, la conocía a través de unas fotos en blanco y negro donde aparecía en una obra de teatro en la que actuaba como enfermera, y Raúl hacía de paciente que desconfiaba de las intenciones de aquella mujer paramédico.

Esa imagen de personaje con gesto de sospecha de Raúl me influyó para el catálogo de una exposición de pintura que realicé en el Museo de la Tertulia en Santiago de Cali, en el año 1993. Hago un montaje basado en las historias de la mafia en Norteamérica, en tiempos de Al Capone. Mi escena se localiza en una barbería tradicional del centro de Cartagena de Indias, aquí hago una versión de la imagen que el tío proyecta en la obra de teatro. Interpreté al cliente embadurnando de crema de afeitar, imito la mirada de sospecha de Raúl ante la actividad

del barbero que debe usar su navaja para rasurarme. Este catálogo es un homenaje a él, encarnado en mi personaje de cliente en la barbería y a Tania en el personaje del barbero.

Mi encuentro con el arte de la pintura y el dibujo se debe a que una tía abuela llamada Helena Jattin, que periódicamente viajaba de Cartagena a Cereté para visitar a su hermana, mi abuela Lola, me trajo una vez de regalo unos cuadernillos para colorear. Este presente produjo en mí un encantamiento por el color y por el dibujo que aún no han cesado. Raúl comprendió mi pasión por las artes visuales y decidió surtirme de catálogos y libros de historia del arte traídos de Bogotá.

En el año de 1974, a final de año, Raúl decidió regresar a Cereté. Ese diciembre le dijo a su padre que dejaba la carrera de abogacía. Pese a que era un reconocido actor y director de teatro, ya no se sentía a gusto en esa ciudad. Había pasado ya ocho años en Bogotá y lo agotó el lugar. La decisión estaba tomada y no dio marcha atrás. Había descubierto que su verdadera vocación estaba ligada al descubrimiento de su amor por la lectura que aplaudió mi abuelo en años anteriores. Él deseaba ser escritor, su amor por las letras lo había vinculado a la poesía.

Mi abuelo Joaco adquirió cerca de la casa un terreno de ocho hectáreas que convirtió en una hortaliza; en el centro construyó un rancho con una habitación que le cedió a Raúl para que pudiese tener la independencia y soledad necesaria para escribir. Allí el tío se vuelve un ermitaño, pero curiosamente recibe mis visitas sin tener que anunciarme. Mi abuelo lo visitaba en las tardes; tenía largas tertulias con Raúl, éste le ponía al tanto de sus gustos literarios: le hablaba de Borges y de Constantino Cavafis, entre otros. Joaco lo escuchaba con curiosidad intelectual, pero estos poetas no pertenecían a sus paradigmas literarios.

A pesar de la diferencia generacional compartíamos el gusto por la pintura. Le encantaba el pintor de origen griego Giorgi o de Chirico, tal vez porque a través de sus lecturas siempre se sintió griego. De este pintor comentaba que en él las imágenes adquirían un significado lírico, misterioso y poético. Según él: “Los trenes que aparecían en el horizonte en la obra de Giorgio de Chirico eran un homenaje a su padre muerto que trabajaba en el ferrocarril”. Admiraba en el pintor griego la escenografía arquitectónica de las plazas desoladas, con sombras largas que atravesaban el espacio de

manera dramática, la yuxtaposición de objetos sin aparente relación que evocan la vigilia, los sueños y el mundo de las pesadillas. En su poema “En las lágrimas tuyas están todo

el terror”, hace un homenaje al pintor en la primera estrofa; y en la segunda, a su poeta admirado, Jorge Luis Borges:

En las lágrimas tuyas están todo el terror

Como en un cuadro de De Chirico El Tiempo
se queda detenido entre los objetos y
los hombres sueñan la eternidad
Las chimeneas son falos humeantes
que penetran el cielo de Lo Absoluto

Como en un color de Borges El Tiempo se
queda entre las palabras del Ciego
Los hombres han conocido a través de
lo insólito la eternidad El sexo
de Borges es infinito y estoico

En su estadía en Cartagena, cuando estudiaba de niño en el colegio La esperanza, conoció y entabló amistad con un hermano mayor llamado Gabriel Chadid Jattin quien, a lo largo de su vida, reforzó su vocación por la escritura. El tío Gabriel era hijo del primer matrimonio de mi abuela Lola. Él fue su mentor en Cartagena. Raúl vivía con su abuela materna, Catalina Safar; con ella tuvo muchas confrontaciones por

incompatibilidad de caracteres. Gabriel es quien lo libera de las disputas constantes con su abuela; por eso se convirtió en su hermano querido y su entrañable cómplice.

Gabriel regresó a la vida de Raúl cuando este cumplió treinta años. Para ese tiempo Raúl ya vivía en Mozambique y éste lo visitaba en la finca. Comentaba Gabriel: “Esta época representa para ti, Raúl, la imagen de un árbol de

mediana edad que se le ha caído todo su frondoso follaje tras la llegada del verano. Pero no tardarán en caer las primeras lluvias de mayo,

tu mes favorito, para que, desde tus ramas secas, retoñen tus primeros versos (Gabriel)". De estas palabras surgió el poema:

Pequeña elegía

Ya para qué seguir siendo árbol
si el verano de los años
me arrancó las hojas y las flores
Ya para qué seguir siendo árbol
si el viento no canta en mi follaje
si mis pájaros migraron a otros lugares
Ya para qué seguir siendo árbol
sin habitantes
a no ser esos ahorcados que penden
de mis ramas
como frutas podridas en otoño

Gabriel era bromista, cuentero y comerciante; le propuso toda clase de negocios a Raúl. Él tenía una visión más práctica que Raúl, quien era impráctico y soñador, para conseguir los recursos económicos que le permitían vivir. Entre los negocios que le propuso Gabriel a Raúl, fue realizar una película pornográfica de bajo costo, con actores naturales, preferiblemente campesinos, para que su negocio fuera lucrativo. También le propuso que

fuera su socio en la creación de una fábrica de dulces llamados *buche pavo o puya del diablo* y montar un consultorio parapsicológico que incluía lectura de la baraja española y el tarot egipcio, los cuales ambos sabían leer.

En la finca Mozambique, Gabriel descubrió un dibujo mío en grafito sobre papel. La imagen era la de un anciano con báculo. Impresionado por mi habilidad a tan temprana edad, indagó si había realizado un curso de dibujo.

Ante la negativa, me preguntó: ¿Conoces la pintura al óleo? Respondo que no. Me dice: Te voy a enseñar la técnica. Viajó a Sincelejo, la capital del departamento de Sucre y regresó a los tres días con los materiales de pintura. Desde esa edad siempre me hice esta pregunta: ¿Qué pudo mover a una persona adulta a viajar tantos kilómetros, sólo para complacer a un niño con un curso de pintura al óleo? Para mí sigue siendo un acontecimiento insólito.

Recibí el adiestramiento de Gabriel por cuatro días. Se marchó y nos volvimos ver,

“No intentes hacer justicia con lo de Raúl. Ese pobre hombre no lo vio. Raúl, desde muy niño, no le gustaba la vida. No tenía el valor de suicidarse. Fue a que yo lo matara, como me negué, se enfureció conmigo. Ese hombre lo liberó; sin saberlo le hizo un favor. Para Raúl, en ese punto, ya estuvo buena la vida.”

Cuando comencé a pintar, gracias al apoyo de mis tíos paternos, me encontré con el hecho de que, ante mi padre y mi abuelo Joaquín, yo transgredía las reglas de la escala y la proporción. Raúl defendía mis osadías pictóricas, ellos ignoraban que esas imágenes recortadas, ensambladas y deformadas eran herederas del cómic, del arte moderno y del cine. Yo iba a Mozambique y allá pintaba con impaciencia juvenil, por

veinte años después, para informarle que me había convertido en estudiante de artes; lo visité en la casa que él denominaba *Las mil y una piedras*, la cual quedaba en la Piche. Pasaron trece años para vernos nuevamente; me visitó en Cartagena porque quería que su último libro llevara en la portada un cuadro mío, curiosamente escogió una obra similar a la que había pintado él para enseñar a su joven alumno la técnica del óleo. Gabriel muere al mes de habernos visto por última vez, dejándome un encargo muy doloroso:

eso la pintura caía al piso en gotas espesas, el color estaba mezclado torpemente entre ocres verde y rojo carmín; su aspecto era desagradable y sanguinolento. Cuando Raúl se percató de esa desagradable mancha voluminosa dispersada por el rincón donde trabajaba, me preguntó: ¿Quién ha ensuciado el piso de basura? Y contesté que eran manchas de óleo, ante mi sorpresa me respondió: ¡Aaahhh, si es pintura, no es suciedad! Su

pasión por la pintura y su admiración por estos artistas hizo que incluyera a un gran pintor en

su libro *Los hijos del tiempo*, el cual sentía que sería el libro de su posteridad.

Andrea Mantegna

Los pinceles y los óleos encuentra desordenados
y tirados sobre el viejo piso de madera
Ve el lienzo que trabaja desde hace varios días
manchado de aceite de cocina y mugre
Sabe quién ha cometido el infame atropello
y maldice a la esposa que le deparó la vida
Allá estará entre ollas y calderos en la cocina
con su genio alevoso y grosero esperando
que llegue la tarde para abusar bruscamente
de eso que él respeta tanto que es su cuerpo
No tardará en venir hasta el estudio
donde él ahora limpia el cuadro averiado
a gritarle que se apure y lo termine pronto
que no hay una moneda para la comida
¿Qué puede hacer Andrea sino terminar el cuadro
y llevarlo al ventero de la esquina cercana
a cambiarlo por frutas panes y jamones?

Mi abuelo enfermó de cáncer y una mañana, en su lecho de enfermo, le dijo a mi papá, Rubén Gómez Jattin: “Sé que no voy a sobrevivir a mi enfermedad, lo más difícil es que te voy a

dejar una cruz muy pesada, Raúl no es una persona normal a pesar de tener una mente brillante, quedará tarde o temprano en la indigencia y tirado en los andenes de la calle”.

Raúl fue quien nos preparó ante el inminente final de mi abuelo Joaquín, la noche antes de su fallecimiento. Esa visión naturalizada de la muerte me ayudó a procesar la ausencia de mis seres queridos en los años venideros. Joaquín, tras una penosa enfermedad, muere en la casa familiar acompañado de sus seres queridos. Raúl se convierte en eje y guía ante esta adversidad familiar. Aunque no lo demuestra, queda devastado.

De la bella huerta que fue Mozambique en las épocas de su padre no quedó nada. Los niños y ladrones saquero los frutos. Todo sucedió frente a un hombre solitario que es-

cribía desnudo en una hamaca. En esa época sus más delicados gestos parecían asombrosos; cuando escribía en su habitación podía observar que se mecía en su hamaca suavemente, inclinaba su cabeza, asomaba su lengua por un costado, mordisqueándola suavemente entre sus labios; garabateaba sin prisa, la letra redondeada y alineada sobre un block de papel sin rayas. Tan elemental momento constituía la expresión extraordinaria de la creación. Tiempo revelador del poeta que abrazaba la vida, y acto instaurador de su nuevo mundo; condición que expresa en su poema “De lo que soy”.

De lo que soy

En este cuerpo
en el cual la vida ya anochece
vivo yo
Vientre blando y cabeza calva
Pocos dientes
Y yo adentro
como un condenado
Estoy adentro y estoy enamorado
y estoy viejo
Descifro mi dolor con la poesía
y el resultado es especialmente doloroso
voces que anuncian: ahí vienen tus angustias

Voces quebradas: ya pasaron tus días
La poesía es la única compañera
acostúmbrate a sus cuchillos
que es la única

Un año después del fallecimiento de su padre, Raúl sufrió una crisis psicótica que, inicialmente, se creía fue producida por el consumo de alucinógenos. Fue internado en el hospital de Cereté y desintoxicado. En Bogotá, años antes, había pasado por una experiencia similar, lo supimos con posterioridad. Era la segunda crisis que había tenido. Sin quererlo, a partir de aquí, comenzó a ser veterano de dos guerras, la de la lucidez y la de la locura.

Las crisis aumentaron en periodicidad, y las relaciones entre Raúl y mi padre Rubén se hicieron más tensas. Raúl reclamaba de su madre mayor atención. Mis padres se separan y con

mi madre nos mudamos a Montería, la capital del departamento de Córdoba. En Cereté quedaron viviendo juntos Lola, Rubén y Raúl. Para agravar su dolor, en una de sus crisis, mi papá y abuela se separaron de él y Lola, su madre, murió en Montería, alejada de él, y se le dio sepultura sin que lo supiera. Esto lo enloqueció aún más de tristeza. Nunca imaginamos que esa situación se extendería por más de 20 años. En algunos casos no sabíamos de él en meses, hasta que en un periódico de circulación nacional, anunciaba un recital de poesía suyo en una ciudad lejana. En su poema “El Dios que adora”, el tío Raúl expuso su autobiografía:

El Dios que adora

Soy un Dios en mi pueblo y mi valle
no porque me adoren sino porque yo lo hago
porque me inclino ante quien me regala
unas granadillas o una sonrisa de su heredad.
O porque voy donde sus habitantes recios
a mendigar una moneda o una camisa y me la dan

Porque vigilo el cielo con ojos de gavilán
y lo nombro en mis versos.
Porque soy solo.
Porque dormí siete meses en una mecedora
y cinco en las aceras de una ciudad.
Porque a la riqueza miro de perfil
mas no con odio.
Porque tengo un compadre
a quien le bauticé todos los hijos y el matrimonio.
Porque nací en mayo.
Porque mi madre me abandonó
cuando precisamente más la necesitaba.
Porque cuando estoy enfermo
voy al hospital de caridad

Nos volvimos a encontrar en Cartagena. Yo estudiaba artes plásticas en la Escuela de Bellas Artes, hablábamos de pintura, de los grandes artistas, de la pintura surrealista y fantasmal de Leonora Carrington, de las obras de Paolo Uccello que parecían detenidas en el tiempo. Sentía gran predilección por el cristo crucificado de Matthias Grünewald que está casi putrefacto, con heridas purulentas. Raúl siempre apoyó mi trabajo pictórico. Mi educación en arte ya iba más allá de los paradigmas que inicialmente compartíamos, ahora mi interés esta-

ba con las tendencias contemporáneas. Ese era el momento de mi crecimiento como artista, y el tiempo mismo comenzaba a separarnos.

La última vez que lo vi vivo fue en Bogotá; regresaba de su recuperación en Cuba. Vino temeroso de volver a las calles y no quería caer en esos estados que le resultaban insoportables, me decía que la locura era algo terrible, que hubiese querido tener una vida más normal, incluso ser querido como el poeta colombiano Gustavo Cobo Borda. Estaba en una situación muy difícil, le hubiese gustado quedarse de

manera permanente en la clínica de reposo de Cuba. Allí comprendí que, a pesar de su gran tamaño y aparente fuerza física, estaba frágil como un niño.

Raúl regresó a Cartagena de Indias, lo acompañé al aeropuerto El Dorado de Bogotá. En mi interior tuve la certeza de que esa despedida era la última; sabía que no nos íbamos a volver a ver. Lo vi marcharse; se volteó y, entre triste y nervioso, me dio el último saludo. Derramé unas lágrimas que rápidamente sequé mientras me llenaba de fortaleza al recordar aquellas frases que él mismo me había dicho, a los diez años, sobre cómo debemos aceptar la partida de los seres queridos, porque eso también hace parte de la esencia de la vida.



